
CULTURA E IDEOLOGIA:

un campo temático en expansión durante los años ochenta

Esteban Krotz

Lo que sigue es una visión panorámica acerca de los estudios sobre el campo temático “cultura e ideología” en las ciencias sociales mexicanas durante los años ochenta.¹ No se basa en una revisión sistemática y exhaustiva de la producción científica durante este lapso; más bien constituye el resultado de la reflexión comprensiva de un antropólogo que se ha desempeñado durante el tiempo de referencia como investigador y docente en este campo temático multidisciplinario. Tiene dos limitantes claramente observables. En primer lugar se circunscribe principalmente a las ramas disciplinarias de la sociología, la ciencia política y la antropología sociocultural, dejando casi totalmente al margen las llamadas ciencias de la educación y lo que se suele agrupar bajo “bellas artes” y “humanidades”. En segundo lugar se refiere exclusivamente al conocimiento generado en las instituciones académicas y no toma en cuenta lo que producen muchos profesionales entrenados en las diferentes ciencias sociales como parte de su desempeño en las más diversas instituciones político-administrativas y promocionales.²

El ensayo, que usa a modo de sinónimos las palabras cultura, ideología y superestructura, se divide en tres partes. Primero se expondrán algunos “antecedentes” que se refieren a la década de los setenta. Esto se hace necesario por el hecho de que el desarrollo de los estudios sociales no corresponde a una periodización por decenios y

porque mucho de lo que ha sucedido durante la década pasada solamente puede comprenderse como reacción, desenvolvimiento o maduración con respecto a fenómenos que se dieron durante los dos o tres lustros inmediatamente anteriores.³ El segundo apartado reseña de manera esquemática y panorámica líneas temáticas, enfoques y aspectos institucionales de este campo temático durante los años ochenta. De acuerdo con la visión un tanto impresionista ofrecida, las notas bibliográficas sirven fundamentalmente para ilusionar y ejemplificar y no para señalar, aunque a veces sí lo hacen los textos más representativos. En el breve apartado final se presentan unas consideraciones referentes a las perspectivas a mediano plazo de los estudios sobre este complejo temático: "cultura e ideología".

Antes de los años ochenta: tres lustros de exclusiones e inicios

Desde finales de los años sesenta y durante buena parte de los setenta puede observarse en las ciencias sociales mexicanas una convergencia homogeneizadora en términos disciplinarios, temáticos y paradigmáticos, que Armando Bartha describió alguna vez así: "Durante aquellos años, en el Instituto de Investigaciones Económicas, en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales y en la Escuela Nacional de Antropología e Historia debatíamos los mismos problemas, leíamos los mismos autores, nos enfrascábamos en las mismas disquisiciones conceptuales y estudiábamos el mismo sector poblacional desde una óptica más o menos idéntica".⁴ Fueron, como es bien sabido, los años de la irrupción masiva del marxismo en todas las disciplinas sociales que implicó, simultáneamente, actitudes de rechazo global hacia lo hecho hasta entonces en el seno de éstas en México y hacia puntos de vista teóricos distintos u opuestos, que seguían desarrollándose en el país y en otras partes del mundo. También es sabido que se trató de una versión bastante rígida y reduccionista de la tradición marxista, cuyo carácter fuertemente doctrinario acaso contribuyó a producir esta extraña fusión disciplinaria; su economicismo y mecanicismo no podían constituir impulsos favorables para el estudio de la temática que aquí nos ocupa.

Los vehementes debates y numerosos estudios sobre el campesinado mexicano son el botón de muestra de esta situación. La monografía descriptiva, que intentaba abarcar muchos aspectos de la vida en las comunidades rurales, el inventario y la comparación de costum-

bres y fiestas, el estudio del parentesco y de las cosmovisiones locales fueron sustituidos por el análisis de las unidades domésticas y sus vinculaciones con mercado, sistemas de intermediación y administración gubernamental, apareciendo una y otra vez la lacerante realidad de miseria y explotación en el campo. Esta, por su parte, se debatía en el marco general de la dependencia latinoamericana, encendía siempre de nuevo la indignación de los estudiosos y parecía llamar a la acción social y política directa. Incluso fenómenos tan significativos como la adscripción étnica de amplios sectores de la población rural mexicana, sus grados de aculturación con respecto a la sociedad urbano-industrial sumamente diversos, o las especificidades vinculadas con la diferencia de género quedaron prácticamente marginales y de poco interés para el estudio empírico: al fin y al cabo todo esto pertenecía a la "superestructura", comprensible en términos de una simple teoría del reflejo⁵ o como aspecto secundario de la adaptación a medios ambientes particulares.⁶ En vista de la gravedad de los problemas individuales y sociales testimoniados y analizados en estos estudios parecía incluso un tanto frívolo dedicarse a lo que con cierto desprecio también se llamaba folclor.

En términos muy generales puede decirse que el concepto cultura prácticamente desapareció del debate hegemónico. Probablemente contribuyó a esta situación el hecho de que servía como elemento de identificación de dos corrientes teóricas de mucha influencia, pero ahora acremente criticadas en la antropología⁷ y las ciencias políticas norteamericanas.⁸ A lo más, el vocablo aparecía como adjetivo especificador de cierto tipo de imperialismo —y precisamente al imperialismo cultural se pretendía combatir mediante la adopción de enfoques teóricos anclados en el marxismo. En cuanto a las palabras ideología y posteriormente discurso, puede señalarse que su consideración sirve bien para complementar este breve panorama, que con el pasar del tiempo ganaba en relieve. Por una parte se discutió mucho sobre las diferentes raíces, acepciones y campos de aplicación del término ideología, centrándose el debate fuertemente en los autores franceses identificados habitualmente como marxistas, que entonces se empezaban a difundir de manera más o menos masiva en México.⁹ Por otro lado se inició una especie de corriente de estudios que combinó elementos de esta discusión con métodos lingüísticos para analizar casos específicos de "discursos ideológicos". Estos intentos, que se producían bajo la recordada sombra de *Para leer al pato*

Donald,¹⁰ tuvieron un atractivo especial en la vinculación de varios de sus protagonistas con las luchas sociales y políticas en Sudamérica¹¹ y se reprodujeron todavía durante buena parte de los ochenta,¹² pero no parecen haber llevado a una integración duradera de la lingüística al conjunto de las ciencias sociales en México. Al mismo tiempo es pertinente indicar que la limitación intrínseca de estas aproximaciones se mostraba principalmente en que por una parte se trataba de macro-análisis de difícil verificación empírica (cuando no quedaban confinadas a la mera reflexión o el juego conceptual acerca de, por ejemplo, la “ideología burguesa”) y que por otra eran estudios referidos casi exclusivamente a los productores de ideología, cosa que no informaba sobre las configuraciones ideológicas concretas de los sujetos sociales de quienes se ocupaba la mayor parte de los análisis empíricos de aquella época.¹³

Desde el punto de vista de hoy, los últimos doce o catorce años han significado un viraje claro y significativo con respecto a esta situación.

Los años ochenta: temas, enfoques e instituciones

Procesos sociales e intereses temáticos

De manera abreviada puede decirse que fueron ante todo determinados procesos y actores sociales concretos que provocaron en sociólogos, politólogos y antropólogos (además de en unos cuantos historiadores y filósofos) un renacimiento del interés en la temática enunciada en el título de este ensayo. En conjunción con la recepción de nuevos impulsos de tipo teórico provenientes de varios centros europeos del debate científico-social lograron que en la década de los ochenta acusara una presencia cada vez más firme el “problema de la ideología y de la cultura” como frecuentemente se decía.¹⁴ Pueden distinguirse en esta historia dos “olas”, la primera de las cuales se inició ya hacia finales de los años setenta, mientras que la segunda ganó terreno durante el último lustro.

En el marco general de una preocupación decreciente por las perspectivas globales del desarrollo del México como país dependiente y centrados cada vez más en la atención a sectores poblacionales específicos, surgieron y se consolidaron los nuevos intereses temáticos de la primera “ola”, cada uno con particularidades propias. Así, la

perplejidad causada por el agotamiento del debate finalmente inconcluso sobre el campesinado mexicano, su carácter de clase y su potencial revolucionario se encontró con llamativos estallidos de insurgencia sindical a mediados de los años setenta;¹⁵ ambos fenómenos dirigieron la mirada de muchos estudiosos, al igual que de numerosos ciudadanos esperanzados en un cambio sociopolítico en el país hacia los obreros industriales. Los procesos de movilización y determinados marcos interpretativos de origen marxista hicieron que apareciera de vez en cuando el problema de la “conciencia” obrera;¹⁶ los debates sobre la relación entre organizaciones obreras y el Estado también tocaban a veces esta cuestión.¹⁷ La atención a los procesos de trabajo y la cotidianidad de la vida obrera reforzaron la atractividad de la idea de una “cultura obrera”, más comprensiva que una “conciencia de clase” o “ideología” (en el sentido de conciencia enajenada).¹⁸ Empero, como se ha reconocido recientemente, incluso aquí no logró establecerse una conceptualización clara¹⁹ y no se conocen estudios amplios que la hayan asumido como categoría central de análisis.²⁰

Intimamente vinculado con estos procesos y sus análisis, pero probablemente también con la drástica reducción de recursos para pesquisas en lugares lejanos desde el fin de la quimérica bonanza petrolera, estuvo el hecho de que la ciudad se convirtiera en un tópico de interés preferido, tanto en centros de investigación como de formación. Aquí llamaban la atención no sólo las polémicas sobre los más diversos aspectos de la urbanización capitalista, sino también las “formas de vida” típicamente urbanas²¹ y casos de movilización política en las colonias populares precarias por la vivienda y toda clase de servicios públicos.²² Sin embargo, menos todavía que en el caso de los estudios obreros, aquí el concepto de “cultura” urbana o de alguna “subcultura” referida a determinados fenómenos esencialmente urbanos — desde las “bandas juveniles” y pasando por las heterogeneidades culturales creadas por la migración, hasta los diversos problemas relacionados con los sectores urbanos medios — parece haberse constituido en carácter básico del enfoque de análisis adoptado.²³

Con respecto a ambos segmentos sociales — el proletariado industrial y los habitantes mayoritarios de las aglomeraciones urbanas, entre quienes se encontraron, además, los primeros — se consolidó sin duda durante los años ochenta, poco a poco la referencia a la esfera de “lo cultural” o “lo ideológico”, aunque quedara menos claramente definida que los mismos sujetos sociales bajo estudio. Un impulso de

cisivo recibió esta consolidación — aunque al precio de una mayor disolución del contenido conceptual, por la difusión rápida y masiva de un término pronto omnipresente: cultura popular. En algunos casos se elaboraron modelos analíticos ampliamente discutidos,²⁴ en otros el término contribuyó a la recuperación de temáticas que habían quedado un tanto marginales,²⁵ en otros tantos más sirvió de punto de partida para debates más amplios de aspectos críticos, para la organización social vigente;²⁶ mientras que en otros más la palabra perdió prácticamente cualquier contenido definible y sirvió básicamente para identificar todas las intenciones de estudiar desde un ángulo nuevo aspectos importantes de las clases explotadas y oprimidas — a pesar de que estos aspectos eran frecuentemente idénticos con el anteriormente rechazado folclor. Curiosamente parecen haber quedado al margen de estas tendencias los no poco numerosos estudios sobre educación que se centraron más en aspectos de tipo institucional que en los de carácter propiamente simbólico.²⁷

El resultado general de esta primera “ola” era que el estudio de la superestructura había empezado definitivamente a tener legitimidad en la comunidad de los científicos sociales mexicanos.

La segunda “ola” produjo áreas de investigación y de polémica actualmente en pleno desarrollo. En gran medida se debe a los complejos procesos en torno a la llamada “reforma política” de los últimos dos sexenios y también un tanto al clima intelectual provocado por el regreso paulatino a la democracia formal en casi toda América Latina después de muchos años de sanguinarios regímenes de seguridad nacional. Así se generó, por una parte, un verdadero alud de comentarios, referencias y estudios sobre determinadas conductas políticas (especialmente vinculadas con partidos y elecciones), los modelos de acción y valores subyacentes y procesos conflictivos relacionados, que concordaban en el uso bastante difuso pero prácticamente incuestionado del concepto de cultura política.²⁸ Por otra parte, en el marco de los esfuerzos por examinar doctrinas políticas y normas de organización participativa y democrática de los asuntos públicos, se tocaron una y otra vez los temas de la legitimidad, de la identidad nacional y del nacionalismo, además de los proyectos de los diversos partidos políticos y sus vinculaciones con sus bases sociales.²⁹ Otra área de interés entre muchos científicos sociales — aunque con poca investigación empírica en el mismo país, al menos por algún tiempo — tuvo que ver con la revitalización de un actor social largamente olvidado: la po-

blación autóctona que empezó a formular reclamos sociales, políticos y culturales en todo el continente³⁰ y se convirtió en protagonista de acciones militares y políticas de envergadura (especialmente en Centroamérica y la región andina), además de atraer una atención creciente a causa de los preparativos del inevitable "quinto centenario". Indudablemente, la cuestión étnica es en buena medida un problema de tipo "cultural", pero es igualmente indudable que se encuentra estrechamente vinculada con el debate sobre los proyectos de nación. También por esto se constata aquí una intensa producción de trabajos, muchas veces bastante polémicos;³¹ además, su intensidad ha contribuido a fomentar recientemente diversos estudios sobre la diversidad étnica (y regional) en el país y reforzado el interés surgido ya años atrás acerca de los conocimientos tradicionales y populares (especialmente en cuanto a la medicina y la agricultura). Parece pertinente acotar aquí que esta situación proporciona una interesante perspectiva para un nuevo acercamiento entre las ciencias sociales y la investigación sociolingüística reciente.³²

Para terminar con esta retahíla de áreas de estudio en proceso de emergencia y hasta de consolidación incipiente durante los años ochenta, que tienen en su centro aspectos comúnmente concebidos como superestructurales, hay que mencionar todavía las siguientes cuatro: 1. Fenómenos religiosos (donde primero se privilegiaban ampliamente los trabajos sobre las más diversas comunidades cristianas no católicas,³³ pero donde se abarcan ahora también sectores de la Iglesia católica así como festividades y ceremonias tradicionales, etcétera). 2. Aspectos de tipo cultural e ideológico presentes en la cotidianidad de segmentos sociales muy diversos, especialmente de aquellos donde, como en el caso de las mujeres, se han dado llamativos procesos de movilización.³⁴ 3. Varios tópicos con relación a diversidad cultural, patrimonio cultural y políticas culturales, donde se analizan precisamente modos de difundir, conservar, reproducir y refuncionalizar elementos superestructurales;³⁵ en este contexto hay que hacer mención también de los trabajos sobre los medios masivos de difusión.³⁶ 4. Aproximaciones historiográficas a la cultura popular de épocas pasadas, que se trata de analizar en términos de la discusión teórica corriente sobre cultura e ideología.³⁷

Influencias y enfoques

En el apartado precedente se hizo énfasis en la relación entre procesos sociales y análisis científico-social: en términos generales se afirmó que determinados cambios socioculturales, la conducta de ciertos actores sociales, constituyeron también durante los años ochenta los principales impulsos para la modificación de preferencias temáticas y, en el marco de ésta, para el ensanchamiento de la perspectiva de estudio hacia la esfera "superestructural" antes masivamente eludida. Pero el hecho de que el tema de la cultura, similares y conexos disfruten ahora de una creciente aceptación y hasta atracción se debe también a factores del mismo debate científico (a veces difícilmente separable de éste, del político). Probablemente el principal haya consistido en un sentimiento muchas veces no hecho explícito, pero creciente de insatisfacción con la orientación dada por los enfoques de tipo sistémico, dedicados al estudio de la emergencia, consolidación y reproducción de estructuras sociales, por lo general altamente comprensivas. La crítica de este tipo de perspectivas, su reformulación, complementación y hasta sustitución por otros que ubicaban a los actores sociales en su centro es el cambio de fondo durante los años ochenta.³⁸

El principal problema heredado de la discusión hegemónica anterior, la pregunta por el carácter de clase de estos actores colectivos, no encontró ninguna solución, pero sí un tratamiento ampliamente aceptado a causa de su sencillez. Por una parte se procedió a la segmentación cada vez mayor de la población en cuanto portadores colectivos de "culturas", "cosmovisiones", "conciencias" o "ideologías" particulares; por otra parte, los conceptos "pueblo" o "clases subalternas" permitían la recuperación inmediata de la unidad perdida y parecían garantizar la permanencia de un esquema general de análisis marcado por la división clasista de la organización social vigente.

Es desde aquí que se vuelven comprensibles la función y la inigualable importancia de los escritos de Antonio Gramsci y de sus intérpretes,³⁹ aunque es sabido que no siempre fueron entendidos cabalmente.⁴⁰ Pueden resumirse rápidamente cinco características clave que hicieron tan sugerente su propuesta de análisis: 1. Proporcionaba un marxismo suficientemente claro para ser aceptado por la mayoría de los científicos sociales mexicanos, quienes deseaban seguir siendo fieles a esta tradición de pensamiento, análisis y a veces de acción política. 2. Al mismo tiempo resultaba ser un marxismo suficien-

temente “blando” para permitir la incorporación de muchas formas de revisionismo marxista e incluso para que estudiosos no demasiado convencidos del marxismo y hasta opuestos a él pudieran encontrar en ella fructíferos impulsos para sus pesquisas y argumentos. 3. Ofrecía un esquema general de análisis que permitía múltiples combinaciones con autores que por diversas razones se estaban volviendo casi “clásicos” para el tratamiento de ciertos segmentos sociales (hay que recordar aquí que independientemente de otras influencias, prácticamente todos los estudiosos interesados en la cultura obrera se ocupaban tarde o temprano de Hobsbawm y de Thompson, que prácticamente todos los analistas de cuestiones educativas se refirieron de una manera u otra a Bourdieu y Passeron, y que la mayoría de las polémicas sobre los aspectos simbólicos vinculados con la política estudiaban en algún momento a Foucault o, más recientemente, a Habermas). 4. Se trataba de una propuesta que legitimaba la investigación empírica detallada sobre fenómenos poco antes fuera de discusión, tales como danzas tradicionales o aspectos simbólicos de las artesanías y, al mismo tiempo, significaban un poderoso y permanente estímulo para la discusión conceptual y categorial de altos vuelos. 5. Finalmente es pertinente señalar que se trataba de una propuesta nacida en una situación política (además de cultural) semejante a la de los años ochenta mexicanos, donde las perspectivas del cambio drástico y violento se habían vuelto lejanas y donde se veía en la construcción de alianzas y hegemonías la tarea del momento.

En vista de todo lo anterior no puede extrañar que la diversificación temática y la referente a los actores sociales bajo estudio haya sido acompañada de una ampliación significativa en el nivel terminológico. Ya no sólo se hablaba de ideología, cultura y discurso. El campo semántico comprendía ahora de modo corriente expresiones tales como hegemonía, dimensión cultural de la dominación, constitución de sujetos, hábitos, vida cotidiana, pluralismo cultural, lo público y lo privado, construcción y destrucción de identidades colectivas, historia de las mentalidades, instinto de clase, instancias de mediación, producción, circulación y consumo de capital simbólico, intelectuales orgánicos, memoria colectiva, recuperación de tradiciones populares, sentido común...

Esta profusión, empero, no implicó siempre un aumento en cuanto a claridad; el caso del concepto “vida cotidiana” es un buen ejemplo para ello, ya que sigue siendo utilizado a veces como variante

más elegante o pretendidamente científica de lo que se suele denominar "vida diaria". Tampoco implicó una elevación general del nivel teórico del análisis; es más, los estudios empíricos del lapso de referencia siguen fuertemente descriptivos y narrativos con respecto a los fenómenos, eventos, personajes y situaciones de que tratan. Cabe agregar aquí que la gran ausente de estos estudios durante toda la década ha sido la reflexión metodológica sistemática.

Una característica significativa de los trabajos sobre el universo superestructural durante todos estos años consistió en una marcada inversión de una concepción anteriormente dominante. Donde antes se había visto solamente enajenación, manipulación, sojuzgamiento ideológico y aculturación forzada, aparecían ahora por todas partes elementos contraculturales de impugnación y de resistencia cultural, que eran vistos como clave para el estudio de los más diversos procesos de movilización social y política.⁴¹

Posteriormente se llegó a poner en duda lo justificado de esta especie de euforia por los supuestos signos contestatarios omnipresentes.⁴²

Finalmente parece conveniente señalar que todo el proceso aquí descrito ha estado permeado por una evidente modificación en cuanto a la concepción prevaleciente de la dimensión temporal. Podría decirse que ésta se ha vuelto más "histórica", y esto en un sentido doble. El primero de éstos se hace presente mediante la frecuente utilización del vocablo *coyuntura*. Parece clara una predominancia de aquellos estudios que entienden el evento analizándolo como esencialmente transitorio y al mismo tiempo como resultado de fuerzas sociales y políticas constantemente cambiantes. Esto ha ido en detrimento, sin duda alguna, de la atención a enfoques teóricos preocupados por la búsqueda de estructuras profundas, el perfeccionamiento de aproximaciones sistémicas y visiones evolucionistas más globales. El segundo sentido aparece en la repetida presencia del vocablo recuperación. Es llamativo cómo en todas las áreas fenoménicas y desde cualquiera de las diversas disciplinas científicas se ha intensificado la mirada hacia el pasado, aunque éste no siempre supera el carácter de mera colección de antecedentes de la actualidad.

Instituciones y disciplinas

El panorama de las instituciones, publicaciones y eventos referentes al complejo temático "cultura e ideología" es igualmente multiforme

como la situación hasta ahora reseñada. Al mismo tiempo que se nota su consolidación como campo de interés y estudio se aprecia una clara dispersión en cuanto a la organización de las actividades académicas correspondientes.

Esto vale, por ejemplo, para las publicaciones. No existen en el país editoriales o colecciones especializadas en el campo temático, ni un seguimiento bibliográfico o hemerográfico sistemático. En cuanto a revistas, actualmente sólo *Estudios sobre las culturas contemporáneas*⁴³ se ocupa de manera exclusiva de él. Pero también es cierto que prácticamente todas las revistas especializadas en ciencias sociales publican con cierta regularidad artículos sobre esta problemática, dependiendo de su esquema editorial, varias incluso le dedican de vez en cuando secciones monográficas o número enteros. Sin embargo, quien quiere estar al tanto de lo que se investiga y lo que se discute en este campo no tiene más remedio que revisar regularmente todas las revistas generales de las ciencias sociales mexicanas, más las especializadas en antropología, ciencia política y sociología, amén de las de historia, educación, lingüística, comunicación y filosofía, a las que se agregan varias publicaciones periódicas dirigidas a un público más general, donde aparecen con frecuencia materiales interesantes de debate y a veces también de análisis empírico.⁴⁴ Algo semejante vale también para las diversas series de "cuadernos de trabajo", editadas por varias instituciones. Lamentablemente su circulación suele estar tan restringida como los "Cuadernos del TICOM"⁴⁵ o los dos volúmenes patrocinados por el Consejo Mexicano de Ciencias Sociales para la formación de profesores universitarios sobre cultura e ideología;⁴⁶ además, también aquí, la mayoría de las series incluyen sólo de vez en cuando materiales referentes al complejo temático en cuestión.

Otro aspecto de esta situación fragmentada se presenta al revisar los eventos cíclicos y los grupos de investigación relacionados con el campo temático. Aparte del grupo de trabajo multi-institucional sobre Iglesia y Estado del Consejo Mexicano de Ciencias Sociales con sus repetidos encuentros, y de los simposios anuales sobre religión y cultura popular organizados desde hace años en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, no parece haber reuniones seriadas y, con ello, de alguna manera acumulativas de y para especialistas en el campo temático "cultura e ideología" o de alguna de sus áreas de estudio. Las conocidas dificultades para formar grupos de trabajo competentes y operantes durante plazos al menos medianos en las instituciones

académicas mexicanas se constata también con respecto a este campo. Parece que el Centro Universitario de Investigaciones Sociales de la Universidad de Colima y el Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias de la Universidad Nacional Autónoma de México son las únicas instituciones que albergan grupos establecidos de investigadores sobre estas temáticas. En el seno de múltiples instituciones de tipo académico-administrativo y promocional, donde debería haber investigación y debate científico sobre los temas aquí reseñados, ésta se encuentra gravemente hipotecada por la falta de recursos humanos, infraestructurales y financieros.⁴⁷ Cuando sí se generan conocimientos en ellas esto suele suceder casi totalmente al margen de las instituciones de tipo académico.

En cuanto a la formación universitaria de grado y de posgrado — donde especialmente a nivel de maestría ha habido un incremento numérico impresionante durante los últimos lustros, aunque se han exteriorado frecuentes dudas acerca de su calidad — el campo temático “cultura e ideología” suele estar presente, pero parece que los contenidos de cursos y áreas de especialización difieren de modo extremo y que con demasiada frecuencia éstos no permiten reconocer una lógica clara en cuanto a su construcción. La costumbre muy extendida de que a los pasantes en ciencias sociales se les permite casi sin restricciones seleccionar su tema de tesis ha operado como factor adicional de dispersión al interior de las instituciones, y ha limitado los esfuerzos de consolidación de áreas de especialización dignas de tal nombre, pero también ha contribuido al surgimiento de intereses temáticos y a la generación de información empírica novedosos.

La revisión somera de las publicaciones e instituciones permite constatar de nuevo un rasgo característico de la situación ya señalado con anterioridad: la coexistencia de un interés bastante consolidado y hasta en expansión con una falta de consenso teórico al interior del conjunto de las ciencias sociales mexicanas y de sus practicantes sobre los límites y los contenidos del campo temático “cultura e ideología”, cosa que no necesariamente vale de igual manera para cada una de las áreas fenoménicas enlistadas anteriormente. Se revela también en el caso de las secciones monográficas (y a veces números enteros) de las revistas especializadas: a menudo éstas parecen más receptáculos de textos que no han encontrado cabida en otras secciones que conjuntos de estudios estructurados en torno a un eje claramente común.⁴⁸

Aparte de los problemas de tipo práctico para resolver situaciones como la que se acaba de señalar, éstas dan pie a una inquietante pregunta. Desde luego es posible —y hay buenos argumentos para pensar así— que en cuanto al campo temático “cultura e ideología” tenemos que ver con un área de interés consolidado y creciente, aunque —¿todavía?— no identificado y delimitado claramente en términos teóricos. Si debe esperarse tal identificación y delimitación dependerá en todo caso de la opción paradigmática más general que se asume. Pero ¿no podría sospecharse que cultura e ideología tengan muchas veces sólo la función de una categoría residual? Es decir, los estudios sobre los más diversos aspectos del campo temático cultura e ideología que se realizan en el seno de las distintas disciplinas sociales o de manera multidisciplinaria ¿tienen su lugar en modelos integrados del mundo de los fenómenos sociales o funcionan como secciones donde se tratan cuestiones para las cuales estos modelos más comprensivos no tienen explicación?

Una última consideración se refiere a la relación entre las diversas disciplinas o ramas que integran las llamadas ciencias sociales. Aunque se haya intentado tiempo atrás identificar a la antropología como la auténtica “culturología”⁴⁹ y aunque a menudo se piensa, por parte de especialistas y de sectores poblacionales más amplios, que los antropólogos son los principales estudiosos de este campo temático, es obvio que éstos no son los “dueños del feudo” y que, de hecho, en México todas las disciplinas sociales se ocupan en mayor o menor medida de él. Durante la década de los años setenta, como se señaló al inicio de este ensayo, se cuestionaba poco una multidisciplinarietà bastante difusa; esta situación parece haber cambiado. Por una parte existe una vertiente de opinión que defiende que la unidad del conocimiento científico radica fundamentalmente en la identidad del objeto por estudiar y, por tanto, aboga por una unidad de las ciencias sociales, donde las diferencias disciplinarias carecen de importancia y hasta pueden resultar contraproducentes. Por otra parte se constata la existencia de una vertiente contraria, que insiste en que las ciencias sociales se han constituido históricamente como un conjunto heterogéneo y diferenciado de ramas disciplinarias y que la simple multidisciplinarietà sólo podrá convertirse en interdisciplinarietà fructífera en el análisis de problemas concretos, cuando los especialistas concurrentes estén capacitados para aprovechar adecuadamente las tradiciones teóricas y metodológicas particulares. Ambas corrientes de

opinión, no siempre hechas explícitas, coexisten actualmente de manera pacífica y no puede predecirse el desenlace de esta situación intrínsecamente tensa.

Breve comentario conclusivo sobre algunas perspectivas

De hecho, las últimas dos consideraciones del apartado anterior ya se han referido a las perspectivas de este campo temático que es, sin lugar a dudas, un campo de atracción creciente para los científicos sociales mexicanos y que a pesar de los fenómenos señalados de inconsistencia teórica, poco cuidado metodológico y dispersión institucional, seguirá expandiéndose también durante los años venideros en cuanto a cantidad de investigaciones y multiplicidad de temáticas. La misma opacidad de los conceptos centrales e identificadores del complejo temático — que no necesariamente tendrá que convertirse en un auténtico “campo” de conocimiento científico unificado — constituirá, al igual que la cambiante relación entre las diferentes disciplinas sociales involucradas en él un poderoso impulso para seguir con la discusión amplia y general. Y ésta seguirá siendo, como ya se anotó también, una discusión siempre vinculada de alguna manera con diversos procesos sociopolíticos contemporáneos.

Entre las muchas cuestiones pendientes, de cuyo tratamiento dependerá no poco el desarrollo de este campo de estudio y de sus diversas áreas arriba enlistadas, se mencionarán por lo pronto solamente las siguientes tres. En primer lugar está la conciliación de “cultura” con “clase”, problema que evidentemente supera el de la siempre necesaria definición nítida de los conceptos en uso. Retomando lo antes señalado sobre las “categorías residuales” se puede ver que sigue presente la tentación de una especie de folclorismo empirista, por más que se disfrace de un lenguaje aparentemente teórico, en vez de fundarse los estudios sobre los más diversos fenómenos superestructurales como parte integrante de un mundo social marcado en lo más profundo por un antagonismo clasista. La segunda cuestión aparece con claridad si se repara en el hecho de que, por ejemplo, es menos problemático en términos epistemológicos para un científico social de origen ciudadano estudiar las particularidades de unidades domésticas campesinas y sus vinculaciones con el mercado, que para un científico social con una compleja relación con creencias y prácticas religiosas aprendidas desde la infancia, analizar la cosmovisión de un grupo in-

dígena o de una comunidad eclesial. Aunque este ejemplo toque solamente parte del problema, vuelve patente que el estudio de la esfera superestructural reclama una atención metodológica particular, de la que hasta ahora se ven pocos rastros, a pesar de que de ella dependerán en buena medida la calidad y la capacidad de convicción del conocimiento generado.

Finalmente parece conveniente recordar, como ya se señaló en este ensayo, que el interés en la esfera superestructural nació en parte de la insatisfacción con modelos y esquemas percibidos como incompletos. Lejos de cuestionar la legitimidad de este procedimiento y más lejos aún de poner en duda motivaciones personales de investigadores individuales, parece imprescindible, sin embargo, una pregunta crítica por posibles implicaciones negativas de este viraje. ¿No resultará parte de su atractividad también del cansancio surgido de la constatación repetida de que la realidad social estudiada sigue siendo un mundo lleno de injusticias, explotación y dominación, y que los análisis donde este carácter ha sido puesto de relieve no parecen haber contribuido mucho a cambiarlo? ¿Resultará acaso más "elegante" y menos comprometedor ocuparse de intrincados fenómenos simbólicos, deleitarse con las maravillas de las culturas populares o elaborar propuestas destinadas a reorganizar los mecanismos para difundir el patrimonio cultural acumulado por generaciones pasadas en vez de tener que insistir en los costos fisiológicos y psíquicos, individuales y colectivos del modelo de organización social vigente, de documentar la miseria que permanece y los mecanismos que son responsables de ella? Si la comunidad de los científicos sociales mexicanos quiere aprovechar cabalmente la perspectiva renovadora de los estudios sobre cultura e ideología sin convertirla en una vía de escape ante la todavía cruda realidad social para tantos, también tendrá que hacerse esta pregunta — de lo contrario podría producirse una peligrosa ideologización de los estudios culturales.

Notas y referencias bibliográficas

1. Se trata de una versión revisada y ampliada de la ponencia presentada durante el simposio "El estado de las ciencias sociales en México", organizado por el Consejo Mexicano de Ciencias Sociales y el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (México D.F., 28 al 30 de marzo de 1990).
2. También es pertinente mencionar que esta reflexión se refiere fundamentalmente a productos escritos y ciertos debates públicos, quedando así al margen otras formas de comunicación tales como los medios de difusión masiva o las exposiciones.
3. En este contexto es conveniente recordar que también la tardanza con la que se publican y circulan resultados de investigación social en México, lo que hace particularmente problemática la revisión en lapsos cortos y a distancia reducida.
4. Comunicación personal (agosto de 1986).
5. Véase al respecto el apartado "Eclipse y renacimiento del concepto de cultura" del estudio de C. Hewitt (1988: 242-244) sobre los análisis mexicanos del campesinado.
6. Véase para esto, por ejemplo, el estudio de A. Warman (1976) y su autocrítica posterior (1983: 30).
7. A partir de una simplista identificación de "la escuela norteamericana" con la corriente de estudios llamada "cultura y personalidad", el hablar sobre "cultura" se convirtió en sinónimo de un "enfoque culturalista", rechazado vehementemente como teóricamente equivocado y políticamente nefasto.
8. Esto puede apreciarse con respecto a los estudios sobre la "cultura cívica", donde incluso el caso de México ocupó un lugar estelar [Krotz, 1984: 28-30]. Bajo su influencia se produjo el primer estudio empírico sobre la politización infantil en México [Segovia, 1975], cuyo ejemplo no fue seguido.
9. Particularmente Althusser y Poulantzas, cuyos escritos circulaban en muchas ediciones.
10. Dorfinan y Mattelart (1972).
11. Varios de los estudios más discutidos y leídos se habían producido en Sudamérica y sus autores, forzados posteriormente al exilio, estuvieron ligados a la comunidad de los científicos sociales mexicanos.
12. Ver los estudios de G. Giménez (1983) y J. González (s.f.: 109 y ss), los dos volúmenes antológicos recopilados por M. Monteforte (1976; 1980) y las indicaciones de F. Perrus (1984: 174-175).
13. Véase por ejemplo el número monográfico "Sobre ideología y marxismo" de la revista *Cuadernos políticos* (número 10, 1976).
14. Ya la misma formulación, que simplemente une dos conceptos de origen distinto, muestra una cierta difusidad en la aproximación. En este contexto resulta interesante observar cómo en los primeros documentos relativos a la maestría en antropología social de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, iniciada en 1979, se habló primero de un "taller de ideología" como una de las áreas de especialización (Escuela Nacional de Antropología e Historia s.f.), mientras que posteriormente éste ha sido llamado "taller

- gía e Historia s.f.), mientras que posteriormente éste ha sido llamado "taller sobre cultura e ideología" (Instituto Nacional de Antropología e Historia 1984: 35).
15. Recuérdense los casos particularmente debatidos de la empresa "Spicer" y de la llamada "tendencia democrática" de los trabajadores electricistas.
 16. Ejemplos son Novelo y Urteaga (1979: 162-167) y Bizberg y Zapata (1984); véase también la nota de O. Quiroz (1989: 152 y ss.).
 17. Aquí, empero, dominaba el debate conceptual sobre el empírico [Pereyra, 1981; Durand, 1984], mientras que los estudios sobre situaciones conflictivas concretas eran predominantemente narrativas [ver los trabajos reunidos bajo el subtítulo "Control sindical y movimiento obrero", de la revista *Iztapalapa*, vol. 2, 1981, núm. 5].
 18. Ver los ensayos de V. Novelo (1984), V. Novelo, et. al. (1986), el volumen recopilado por la misma autora (Novelo, 1987) y el artículo de A. Híjar (1987).
 19. Así R. Nieto (1988: 194-195).
 20. De acuerdo con esta situación diversas revisiones recientes sobre los estudios de la clase obrera mexicana mencionan este tema solamente de manera muy marginal (De la Garza, et. al., 1986; Urteaga, 1988; Nieto, 1988; Trejo, 1989); véase también De la Garza (1989: 124-127).
 21. Sin embargo se produjeron pocos estudios publicados, tales como los de E. Marroquín (1985) y E. Nivón (1989).
 22. Estos recibieron un cierto impulso a causa de la catástrofe de San Juanico (ver Monsiváis, 1985), y del terremoto en la ciudad de México (ver los artículos reunidos bajo "El sismo de septiembre y la vida en la ciudad" por la revista Cuadernos políticos, núm. 45, 1986, y el estudio de I. Marván y J. A. Cuevas, 1987). En numerosos estudios sobre el movimiento urbano popular se toca el tema (ver el número monográfico de la revista *Nueva antropología*, vol. IV, 1984, núm. 24 y el apartado titulado "La ciudad de México: historia, problemas y perspectivas" de la revista *Iztapalapa*, año 4, 1983, núm. 9), pero casi siempre sólo de manera descriptiva.
 23. En este sentido opinan E. F. Quintal (1988: 558) y J. L. Sariego (1988: 231-233). En su revisión de estudios publicados sobre la cuestión urbana en la *Revista mexicana de sociología*, A. Ziccardi (1989: 292-299) no toca el tema en cuestión. Una excepción al respecto constituye la reciente obra de L. Arizpe (1989).
 24. N. García C. (1982), A. Aziz (s.f.).
 25. Ejemplos proporcionan el número monográfico de la *Revista mexicana de ciencias políticas y sociales* (vol. XXV, 1979, núm. 95-96) y el volumen recopilado por A. Chamorro (1983).
 26. Ver J. L. Najenson (1979) y A. Colombres (1982) como ejemplos tempranos.
 27. Esto no deja de extrañar, especialmente si se recuerda el entusiasmo generalizado que habían provocado los escritos de P. Freire, que hubieran podido constituir excelentes puntos de partida.
 28. Ver el número monográfico de la revista *A* (Azcapotzalco) sobre "Rasgos de la cultura política en el México contemporáneo" (vol. IX, 1988, núm. 23-24) y E. Krotz (1990).
 29. Ejemplos se encuentran en prácticamente todas las revistas especializadas en ciencias sociales. Pueden verse también los trabajos de R. Bartra (1986; 1987).

30. Aquí fue importante la recopilación publicada por G. Bonfil (1980) con el título *Utopía y revolución* y los debates en torno a ella.
 31. Botón de muestra son los textos de G. Aguirre Beltrán (1983: 333 y ss.; 1989), De G. Bonfil (1987) y de H. Díaz-Polanco (1987).
 32. Para ésta última, ver Hamel y Muñoz (1986) y Muñoz (1986; 1987).
 33. Una revisión ofrece C. Garma (1988).
 34. Un ejemplo constituye el ensayo de M. Lagarde (1988); ver también diversos artículos de los números monográficos respectivos de las revistas *Nueva Antropología* (vol. VIII, 1986, núm. 30) y *Sociológica* (año 4, 1989, núm. 10).
 35. G. Bonfil (1982), N. García C. (1987).
 36. Las revistas *Comunicación y cultura* (que no parece seguir publicándose) y *Estudios sobre las culturas contemporáneas* contienen análisis sobre esta línea temática.
 37. Así, por ejemplo, los trabajos de A. Lira (1984), J. Tapia (1986), J. P. Viqueira (1987) y J. Broda (1989).
 38. Sintomático es aquí el trabajo varias veces reproducido de P. González Casanova (1987) sobre "Sistema y clase en los estudios de América Latina", publicado por primera vez en 1978.
 39. Como es sabido, los textos de Gramsci circula(ba)n en muchas ediciones muy diversas y a menudo reeditadas. Entre las instituciones que publicaban trabajos sobre y a partir de ellos hay que mencionar de manera especial a la Universidad Autónoma de Puebla, tanto por sus antologías como por su revista *Dialéctica*.
 40. Esto vale particularmente para la equivocada apreciación de Gramsci como admirador de la cultura popular [ver para esto Cirese, 1979].
 41. Así, por ejemplo, O. Quiroz (1980: 65).
 42. C. García C. (1984).
 43. Es editada desde hace casi un lustro por la Universidad de Colima. Es pertinente señalar aquí que trabajos interesantes han sido publicados también en algunas revistas editadas por instituciones religiosas, tales como *Christus, Cristianismo y sociedad, Nuestro siglo* y *Estudios ecuménicos*. Por otra parte acaba de anunciarse el primer número de la nueva revista multidisciplinaria *Religiones latinoamericanas*.
 44. Entre éstas están las revistas mensuales *Nexos* y *Vuelta*, el suplemento dominical *La jornada semanal* y diversas revistas universitarias generales.
 45. Fueron editados por el "Taller de investigación en comunicación masiva" de la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.
 46. Giménez (1987; 1988).
 47. Entre éstas están las Direcciones Generales de Culturas Populares y de Educación Indígena de la Secretaría de Educación Pública, así como diversas secciones del Instituto Nacional de Bellas Artes y del Instituto Nacional Indigenista. También podría preguntarse aquí por lo que sucede en los numerosos museos (con la llamativa excepción del Museo Nacional de las Culturas Populares) y bibliotecas del país. Un caso aparte constituye el llamado "Programa Cultural de las Fronteras".
 48. Véanse desde esta perspectiva las secciones "Clases, ideología y política" y "Cultura e identidad" de la *Revista mexicana de sociología* (números E/78 y 3/89, respectivamente) e "Ideología política" de la revista *Iztapalapa* (números 12 y 13).
 49. L. A. White (1975).
-

Bibliografía

- Aguirre Beltrán, Gonzalo (1983). *Lenguas vernáculas: su uso y desuso en la enseñanza*. México, Casa Chata.
- (1989). *El ocaso de los paradigmas en la antropología mexicana*. (Conferencia inaugural del Seminario Permanente sobre Indigenismo, Xalapa, Ver.; por publicarse por el Instituto Nacional Indigenista.)
- Arizpe, Lourdes (1989). *Cultura y desarrollo: una etnografía de las creencias de una comunidad michoacana*. México, UNAM, Porrúa-El Colegio de México.
- Aziz, Alberto (s.f.). *La cultura subalterna en México: una aproximación teórica*. México, Centro de Estudios Ecueménicos.
- Bartra, Roger (1986). *La democracia ausente*. México, Grijalbo.
- (1987). *La jaula de la melancolía: identidad y metamorfosis del mexicano*. México, Grijalbo.
- Bizberg, Ilán y Francisco Zapata (1984). "Conciencia obrera y participación sindical en Las Truchas." En *Estudios sociológicos*, vol. 2, núm. 4, pp. 29-49.
- Bonfil, Guillermo (1987). "Notas sobre civilización y proyecto nacional." En *Cuadernos políticos*, núm. 52, pp. 21-31.
- Bonfil, Guillermo, comp., (1980). *Utopía y revolución: el pensamiento político contemporáneo de los indios en América Latina*. México, Nueva Imagen.
- Bonfil, Guillermo, et. al. (1982). *Culturas populares y política cultural*. México, Museo de Culturas Populares.
- Broda, Johanna (1989). "El aparato jurídico del Estado mexicana: algunas reflexiones acerca de lo público y lo privado en el México prehispánico." En *Nueva antropología*, vol. X, núm. 36, pp. 41-63.
- Cirese, Alberto (1979). "Intelectuales, folclor, instinto de clase." En A. Cirese, *Ensayos sobre las culturas subalternas*, pp. 103-145, México, Casa Chata.
- Colombres, Adolfo, comp. (1982). *La cultura popular*. México, Premiá.
- Chamorro, Arturo, ed. (1983). *Sabiduría popular*. Zamora, El Colegio de Michoacán.
- De la Garza, Enrique (1989). *Un paradigma para el análisis de la clase obrera*. México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.
- De la Garza, Enrique, et. al. "La investigación sobre la clase obrera en México: un balance preliminar." En *Nueva antropología*, vol. VIII, núm. 29, pp. 85-105.
- Díaz-Polanco, Héctor (1987). "Lo nacional y lo étnico en México: el misterio de los proyectos." En *Cuadernos políticos*, núm. 52, pp. 82-43.
- Dorfman, Ariel y Armand Mattelart (1972). *Para leer al pato Donald: comunicación de masas y colonialismo*. Siglo XXI, Buenos Aires, Argentina.
- Durand, Víctor Manuel (1981). "Notas sobre el Estado, la sociedad civil y los sindicatos." En *Revista mexicana de sociología*, vol. XLIII, núm. 3, pp. 989-1023.
- Escuela Nacional de Antropología e Historia (s/f). *División de estudios superiores* (tríptico informativo). México, Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- García Canclini, Néstor (1982). *Las culturas populares en el capitalismo*. México, Nueva Imagen.
- (1984). "Cultura y organización popular: Gramsci con Bourdieu." En *Cuadernos políticos*, núm. 39, pp. 75-82.

- Garma, Carlos (1988). "Los estudios antropológicos sobre el protestantismo en México." En *Iztapalapa*, vol. 8, núm. 15, pp. 53-66.
- Giménez, Gilberto (1983). *Poder, Estado y discurso*. México, Universidad Nacional Autónoma de México (2a. ed.).
- Giménez, Gilberto, ed., (1987). *La teoría y el análisis de la cultura*. S. L., Secretaría de Educación Pública-Universidad de Guadalajara-Consejo Mexicano de Ciencias Sociales.
- (1988). *La teoría y el análisis de las ideologías*. S. L., Secretaría de Educación Pública-Universidad de Guadalajara-Consejo Mexicano de Ciencias Sociales.
- González, Jorge (s.f.). *Dominación cultural, expresión artística, promoción popular*. México, Centro de Estudios Ecuménicos.
- González Casanova, Pablo (1987). "Sistema y clase en los estudios de América Latina." En P. González C., *Historia y sociedad*, pp. 79-92. México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Hamel, Rainer Enrique y Héctor Muñoz (1986). "Perspectivas de un proceso de desplazamiento lingüístico: el conflicto otomí-español en las prácticas discursivas y la conciencia lingüística." En *Estudios sociológicos*, vol. 4, núm. 11, pp. 215-239.
- Hewitt, Cynthia (1988). *Imágenes del campo: la investigación antropológica del México rural*. México, El Colegio de México.
- Híjar, Alberto (1987). "Notas sobre la cultura obrera mexicana." En V. Novelo, coord., *Monografías obreras*, tomo 1, pp. 9-84, México, Casa Chata.
- Instituto Nacional de Antropología e Historia (1984). *Maestrías en antropología social, historia-etnohistoria y lingüística: plan de estudios*. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Krotz, Esteban (1984). "Cultura y análisis político." En *Nueva antropología*, vol. VI, núm. 23, pp. 27-44.
- "Antropología, elecciones y cultura política." En *Nueva antropología*, vol. XI, núm. 38, pp. 9-19.
- Lira, Andrés (1984). "Los indígenas y el nacionalismo mexicano." En *Relaciones*, vol. V, núm. 20, pp. 75-94.
- Marroquín, Enrique (1985). "Las vecindades en Puebla." En A. Gimete-Welsh y E. Marroquín, *Lenguaje, ideología y clases sociales. Las vecindades en Puebla*. Puebla, Universidad Autónoma de Puebla.
- Marván, Ignacio y J. Aurelio Cuevas (1987). "El movimiento de damnificados de Tlaltelolco." En *Revista mexicana de sociología*, vol. XLIX, núm. 4, pp. 111-140.
- Monsiváis, Carlos (1985). "Crónica de San Juanico: los hechos, las interpretaciones, las mitologías." En *Cuadernos políticos*, núm. 42, pp. 87-101.
- Monteforte, Mario, coord., (1976). *Literatura, ideología y lenguaje*. México, Grijalbo.
- (1980). *El discurso político*. México, Nueva Imagen.
- Muñoz, Héctor (1986). "Un panorama de los estudios sociolingüísticos sobre etnicidad y constitución de identidades en México." En *Estudios sociológicos*, vol. 4, núm. 11, pp. 281-297.
- Muñoz, Héctor, ed., (1987). *Funciones sociales y conciencia del lenguaje*. Jalapa, Universidad Veracruzana.
- Najenson, José Luis (1979). *Cultura nacional y cultura subalterna*. Toluca, Universidad Autónoma del Estado de México.
-

- Nieto, Raúl (1988). "Alcances recientes de la antropología en el conocimiento de la clase obrera mexicana." En *Teoría e investigación en la antropología social mexicana*, pp. 183-204, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.
- Nivón, Eduardo (1989). "El surgimiento de identidades barriales: el caso de Tepito." En *Alteridades*, vol. 1, pp. 31-44.
- Novelo, Victoria (1984). "La cultura obrera, una contrapropuesta cultural." En *Nueva antropología*, vol. VI, núm. 23, pp. 45-55.
- Novelo, Victoria y Augusto Urteaga (1979). *La industria en los magueyales: trabajo y sindicatos en Ciudad Sahagún*. México, Nueva Imagen.
- Novelo, Victoria, et. al. (1986). "Propuestas para el estudio de la cultura obrera." En *Nueva antropología*, vol. VIII, núm. 29, pp. 65-83.
- Novelo, Victoria, coord., (1987). *Coloquio sobre cultura obrera*. México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- Pereyra, Carlos (1981). "Estado y movimiento obrero." En *Cuadernos políticos*, número 28, pp. 35-42.
- Perus, Françoise (1989). "Semiología, literatura y análisis del discurso." En *Revista mexicana de sociología*, vol. LI, núm. 1, pp. 151-175.
- Quintal, Ella F. (1988). "Los movimientos sociales urbanos." En C. García Mora, coord., *La antropología en México: panorama histórico*, vol. 4, pp. 543-562. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Quiroz, J. Othón (1980). "Proceso de trabajo en la industria automotriz." En *Cuadernos políticos*, núm. 26, pp. 64-76.
- "Una crítica a la historiografía tradicional del movimiento obrero en México: mitos y realidades de la insurgencia sindical." En *Sociológica*, año 4, núm. 9, pp. 35-162.
- Sariego, Juan Luis (1988). "La antropología urbana en México." En varios autores, *Teoría e investigación en la antropología social mexicana*, pp. 221-236, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.
- Trejo Delarbe, Raúl (1989). "El mundo del trabajo en la *Revista mexicana de sociología*." En *Revista mexicana de sociología*, vol. LI, núm. 1, pp. 211-255.
- Urteaga, Augusto (1988). "La cuestión obrera." En C. García Mora, coord., *La antropología en México: panorama histórico*, vol. 4, pp. 589-611, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Segovia, Rafael (1975). *La politización del niño mexicano*. México, El Colegio de México.
- Tapia, Jesús (1986). "Identidad social y religión en el bajío zamorano, 1850-1900." en *Relaciones*, vol. VII, núm. 27, pp. 43-73.
- Viqueira, Juan Pedro (1987). *¿Relajados o reprimidos? Diversiones públicas y vida social en la ciudad de México durante el siglo de las luces*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Warman, Arturo (1976). *Y venimos a contradecir*. México, Casa Chata.
- (1983). "Invitación al pleito." En *Nexos*, vol. VI, número 71, pp. 26-31.
- White, Leslie A. (1975). "El concepto de cultura." En J. S. Kahn, comp., *El concepto de cultura: textos fundamentales*, pp. 129-155. Barcelona, Anagrama.

Ziccardi, Alicia (1989). "De la ecología urbana al poder local: cinco décadas de estudios urbanos." En *Revista mexicana de sociología*, vol. LI, núm. 1, pp. 275-306.

